

Quinto Centenario: pecado estructural y gracia estructural. Reflexiones para Europa desde América Latina*

**Jon Sobrino,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador, El Salvador.**

Este año recordamos el quinto centenario de la llegada de los europeos a la hoy llamada América Latina. Por primera vez pudo la humanidad llegar a tomar conciencia de su unidad geográfica y, así, de su unidad histórica. Pero juntamente con esa posibilidad surgió también por necesidad la gran pregunta humana y también cristiana —ya que cristianos eran los europeos que llegaron a América Latina— sobre cómo relacionarse continentes tan nuevos y tan distintos. Más en concreto, surgió la problemática del “otro” y de cómo relacionarse con él.

Desde este punto de vista, recordar lo ocurrido en 1492 es importante en sí mismo, pero es también aleccionador para 1992, pues también ahora se proclama una gran novedad, una nueva unidad del mundo con la desaparición del comunismo —la historia llega a tal punto que se anuncia “el final de la historia”. Y, por supuesto, permanece también la pregunta humana y cristiana de cómo relacionarse no ya Europa y la entonces recién “descubierta” América, sino todo el norte (Europa, Estados Unidos, Japón) y el sur del planeta. En esto se concentra ahora nuestro interés, en lo que hoy ocurre en el mundo, pero ello queda también iluminado por lo ocurrido hace cinco siglos, y por esa razón mencionaremos el pasado en sus rasgos fundamentales.

Digamos también que este análisis lo hacemos desde la perspectiva latinoamericana y teniendo ante los ojos la realidad europea, lo cual es un enfoque

* Discurso pronunciado el 21 de marzo en la Catedral de Salford, Lancaster, en la *VI Pope Paul VI Memorial Lecture*, organizada por CAFOD.

limitado y aun parcial, pues hay muchos grupos en Europa —no muy representativos, la verdad— que muestran gran solidaridad con América Latina. Pero lo creemos también útil y necesario para descubrir cómo —estructuralmente— se relaciona el continente europeo y el latinoamericano.

Pues bien, para comprender hoy de modo correcto esa relación lo primero que hay que recordar es que lo ocurrido en 1492 no fue propiamente hablando un “descubrimiento”. Hacemos esta afirmación no sólo para no herir los sentimientos de los nativos del continente latinoamericano —como si no hubiesen sido seres humanos reales hasta 1492 pues su existencia no estaba relacionada con Europa, clara expresión del eurocentrismo pecaminoso—, sino por algo más fundamental, tal como aparece en las geniales palabras de Ignacio Ellacuría:

A mi modo de ver, lo primero que sucede es que el “conquistador” o dominador se pone al descubierto. Así, hace cinco siglos, con el “descubrimiento” del llamado “nuevo mundo”, lo que realmente se descubrió fue lo que era España en verdad, la realidad de la cultura occidental y también de la Iglesia en ese momento. Ellos se pusieron al descubierto, se desnudaron sin darse cuenta, porque lo que hicieron respecto a la otra parte fue “encubrirla”, no “descubrirla”. En realidad es el tercer mundo el que descubre al primer mundo en sus aspectos negativos y en sus aspectos más reales¹.

Esta nos parece ser la perspectiva adecuada para comprender lo ocurrido entonces y lo que ha seguido ocurriendo hasta el día de hoy. Españoles y portugueses quedaron al descubierto al expoliar y destruir un continente, y —además— ofrecieron a otras naciones —como cosa normal y aceptada— un modo de comportamiento bien preciso para con América Latina y para con los otros continentes del tercer mundo: “descubrir”, “colonizar”, “conquistar”... para expoliar. Y en esto coinciden lo que hicieron españoles y portugueses en su día en América Latina con lo que hicieron después allí y en otros continentes países como Holanda, Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Estados Unidos...

Después de cinco siglos en lo sustancial no ha cambiado mucho el fondo, aunque sí las formas, de las relaciones entre países del norte y del sur. Aquéllos se relacionan con éstos fundamentalmente para aprovecharse hasta el expolio, haciéndose pasar, además, por sus bienhechores, como si los males del mundo estuvieran sólo en el sur y como si los países del norte fuesen sus salvadores y sólo intentaran resolver aquellos males. La realidad, sin embargo, es muy distinta, y a veces es exactamente la contaria. Por ello —aunque quizás debieran dejarse estas palabras para la conclusión—, queremos adelantar desde el principio la afirmación fundamental. Hoy también se sigue queriendo encubrir la realidad del tercer mundo, y se pone al descubierto lo que es el primer mundo. Y con ello no sólo se desconoce la realidad de la mayor parte del planeta, sino que el primer mundo se priva del medio más eficaz para conocerse en su verdad más profunda: en la realidad del sur, con toda su pobreza, injusticia y muerte, el

norte puede conocerse a sí mismo, como en un espejo invertido, por lo que produce.

Resulta entonces que la civilización occidental, democrática y cristiana — con el humanismo y el renacimiento que rodearon a 1492, con la ilustración y la modernidad a lo largo de estos cinco siglos, con los maestros de la sospecha que han hecho cuestionar casi todo— no ha sido capaz de humanizar el tercer mundo, aunque haya logrado algunas cosas buenas, ni, por ende, ha sido capaz de humanizar a Europa, como lo admiten hoy en día los mismos europeos.

Recordar lo ocurrido en 1492 y analizar la realidad de 1992 no significa, pues, en último término, más que analizar cómo está lo humano en nuestro planeta, si la unidad facilitada, entonces y ahora, está pensada y es utilizada para la unificación y crecimiento de la familia humana, aceptando e integrando realmente la alteridad del otro, o si, por el contrario, está pensada y es utilizada para configurar el mundo de forma antagónica, como unidad de superiores e inferiores, de verdugos y víctimas.

A continuación queremos decir una palabra profética al primer mundo sobre su propia verdad, sobre la destrucción que genera en el tercero, y lo hacemos porque aquél muy difícilmente la reconocerá por sí mismo, ya que —ayer como hoy— genera un tercer mundo que es pecado. Pero queremos también decir una palabra de buena noticia al primer mundo —eso es “evangelización”— ofreciéndole la realidad del tercer mundo como “gracia”. Permítasele, pues, al tercer mundo —al menos los cristianos— ser profeta y evangelizador.

1. Una palabra profética: la negación injusta del mínimo de vida

Las relaciones entre Europa y América Latina han sido injustas desde sus orígenes y lo siguen siendo porque oprimen y atentan contra la vida, porque buscan justificaciones ideológico-teológicas y porque tienen como tácito presupuesto fundamental la inferioridad humana de unos con respecto a otros. Y de todo ello decimos que son males estructurales y en un sentido preciso: el tiempo, cinco siglos de comportamiento injusto, facilita y robustece ese modo de proceder, de modo que el día de hoy sigue pareciendo “normal” que los países del norte vivan a costa de los del sur, presupuesto “normal” que, por ejemplo, permitió o facilitó escandalosamente la guerra de Irak: el norte necesita del petróleo del sur para su bien vivir.

1.1. La vida destruida

a) Muy pronto después de la llegada de los españoles la vida de los indígenas comenzó a ser destruida, y ése fue el hecho fundante en las relaciones entre los europeos y los pobladores de aquel mundo nuevo. En 1511, en la isla de La Española, fray Antonio Montesinos pronunció las siguientes palabras:

Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muerte y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?

Este texto condena con vigor lo que se convirtió en una realidad generalizada y determinante para el futuro del continente: el inmenso acto de depredación, expolio y destrucción por parte de españoles y portugueses. El hecho fundamental es que unos setenta años después de su llegada ya había culminado una monumental debacle: la población indígena estaba en vías de extinción. Las causas fueron variadas, por supuesto: guerras, tratos crueles, enfermedades importadas a las que los nativos no estaban inmunes, trabajos durísimos, suicidios por desesperación, migraciones inhumanas... No sería justo, pues, atribuir toda la debacle a una voluntad exterminadora de los españoles, pero tampoco puede ignorarse ni suavizarse toda la crudeza del hecho fundamental: después de la llegada de los europeos la población indígena quedó reducida a un quince por ciento. Y, además, muchas culturas, tradiciones y religiones quedaron destruidas. Y esto no fue casual.

Aunque no se pretendiese la destrucción en directo, ésta era necesaria *in obliquo*: la finalidad principal de la empresa conquistadora era la búsqueda insaciable de riqueza y de poder, *a toda costa*, aun cuando entonces —como ahora— se aireasen otras motivaciones ideologizadas —cristianizar a los indios— y aun cuando muchos misioneros dieron insigne testimonio de ello. Pronto también se comenzó a teorizar sobre la realidad e identidad de los indios —si tienen o no alma—, pero en términos operativos su realidad fue vista instrumentalmente: facilitar el enriquecimiento de los españoles. Y más tarde, cuando se empezó a agotar ese instrumento, se esclavizó a negros africanos para que, de nuevo, fungieran como instrumentos, como las modernas fuentes de energía.

b) ¿Y cómo estamos hoy? Los modos de conquistar y las justificaciones ideológicas para ello han cambiado, sin duda, pero el hecho grueso y fundamental no. El continente latinoamericano, que sustancialmente se mueve en la órbita occidental, ofrece una trágica perspectiva. Para mostrarlo baste con ofrecer datos e interpretaciones de algunos economistas, y recuérdese que a través de ello estamos hablando de cómo viven y mueren seres humanos; cristianamente, de cómo está la creación, los hijos e hijas de Dios. Pues bien, a final de siglo, la tercera parte de los latinoamericanos, unos 170 millones, vivirán en pobreza, digamos en la inhumana pobreza normal, y otra tercera parte, otros 170 millo-

nes, vivirán en pobreza crítica. De seguir así, hasta un 80 por ciento de la población latinoamericana vivirá el tipo de pobreza de los países africanos subsaháricos, de Bangladesh...

Y si consideramos a todo el tercer mundo, la perspectiva es todavía más macabra, indigna de un planeta habitado por humanos. Desde el punto de vista de la mera posibilidad de supervivencia, el número de pobres es escalofriante. Estudios recientes afirman que, comparado con los niveles de vida normales en Europa occidental, "1,116 millones de personas son pobres de solemnidad, otros 2.000 millones de personas son pobres, y sólo algo más de la cuarta parte de la humanidad disfruta de niveles de vida que van de decentes a buenos"².

Desde el punto de vista de la fraternidad, es decir, de la participación común en los bienes de este mundo, se ensancha el abismo entre los seres humanos. El ingreso per cápita promedio en los países más industrializados es "cincuenta veces mayor que el promedio de los 1,116 millones de pobres del tercer mundo"³. Es decir, aunque la Carta de las Naciones Unidas asegura la igualdad de derechos a todos los seres humanos, para poder sobrevivir es mucho más importante haber nacido en Londres que en Bangladesh, en Boston que en Chalatenango. Una vida en los países de abundancia vale como cincuenta vidas de pobres.

La razón fundamental de tal escándalo es la misma que la de hace siglos: los países pobres sólo interesan por lo que pueden ofrecer o —si no hay otro remedio— por lo que se les puede expropiar: materias primas y mano de obra barata. Pero, en la actualidad, eso ocurre con algunas variantes que agravan la situación en relación al pasado reciente.

La primera es que "la acumulación del capital depende cada vez menos de la intensidad de los recursos naturales y del trabajo"⁴, y depende más de los conocimientos tecnológicos, con la siguiente consecuencia: el tercer mundo sigue siendo menos importante por sus materias primas y por su población. "Lo que ya no se necesita es la mayor parte de la población del tercer mundo"⁵. Esta población sobrante ya no interesa simplemente.

La segunda es que en el reparto geopolítico "se sigue necesitando del tercer mundo, sus mares, su aire, su naturaleza, aunque sea únicamente como basurero para sus basuras venenosas"⁶. Un documento confidencial del ejecutivo del Banco Mundial contiene la propuesta de transferir al tercer mundo las industrias tóxicas⁷.

La tercera es la pérdida de poder de las mayorías populares del tercer mundo en el concierto internacional. El tercer mundo sigue teniendo una relativa importancia, pero "lo que ya no se necesita es la mayor parte de la población del tercer mundo... Esto significa que la población sobrante carece totalmente de poder"⁸. Y el derrumbamiento del bloque socialista deja al tercer mundo todavía

más indefenso en las manos del capitalismo⁹.

La conclusión de todo lo que hemos dicho, en palabras de los economistas, es espeluznante. "El tercer mundo se encuentra completamente solo... Los países capitalistas centrales han perdido su interés en una política de desarrollo del tercer mundo y han pasado a bloquearla en el marco de todas sus posibilidades"¹⁰ (Franz J.Hinkelammert). "Ya comenzó el siglo XXI: el norte contra el sur... No ha existido en la historia, ni siquiera en la época colonial, una bipolarización tan extrema del mundo"¹¹ (X. Gorostiaga). "La actividad económica general, o sea, el comercio y la inversión internacional, que hoy está montada para beneficiar de una manera egoísta y desproporcionada a los países industrializados, tendría que montarse con más equidad y más racionalidad. Desgraciadamente, todavía hace falta mucha educación y mucha motivación para que los gobernantes de los países ricos den una prioridad mayor a los intereses de otros países, que ni votan por ellos ni les pueden hacer perder el voto"¹² (Luis de Sebastián).

Todo lo dicho no debiera necesitar comentario alguno, pero hay que recalcarlo. Para la humanidad en su conjunto, el hecho mayor y el problema que necesita más urgente solución —con ser todo ello importante— no es la unificación europea, ni qué hacer con la caída del socialismo, ni las celebraciones del quinto centenario, que pueden ser objetivamente escandalosas ante la pobreza descrita¹³. El hecho mayor en 1992 es el empobrecimiento del tercer mundo. Este hecho ocurre como producto de un sistema injusto que no da muestra de arrepentimiento —¿a qué gobierno, banco o transnacional se le ocurre siquiera pedir perdón a los pobres del tercer mundo?— ni de propósito de enmienda ni de admitir la penitencia para una reparación debida. Y ocurre en medio de la ignorancia e indiferencia objetivas —cuando no desprecio— de las minorías del norte hacia las mayorías del sur. En el norte se sigue acumulando la capacidad de vivir mientras en el sur aumenta la incapacidad de sobrevivir.

Hay un dicho en la lengua castellana, de difícil traducción a otros idiomas, que lo usó I.Ellacuría en el artículo citado y expresan bien lo que hemos querido decir. Los conquistadores de América Latina "le han dejado como a un Cristo"¹⁴. Y así, en ese lenguaje cristiano, allá donde no baste el lenguaje de las estadísticas, se expresa toda la tragedia del tercer mundo. En lenguaje cristiano de hoy, de nuevo de Ignacio Ellacuría, el continente latinoamericano es un inmenso pueblo crucificado. Y en el lenguaje cristiano de ayer, de Bartolomé de las Casas, así queda descrita la realidad: "yo dejo en las Indias a Jesucristo nuestro Dios, azotándolo y afligiéndolo y abofeteándolo y crucificándolo no una sino millares de veces, cuanto es de parte de los españoles que asuelan y destruyen aquellas gentes..."¹⁵.

1.2. La justificación del expolio

a) En el siglo XVI, ante las aberraciones cometidas por los conquistadores, se generó un movimiento de protesta y de defensa del indio, pero se produjo también un movimiento de justificación del sometimiento que se hizo de ellos, que es lo que a la larga prevaleció: los conquistadores tenían derecho a aquellas tierras y a su explotación, y aun cuando no se pudiesen ocultar totalmente las fatídicas consecuencias del ejercicio real de ese supuesto derecho, se argumentó que el tal derecho era de principio. Se justificó, pues, lo injustificable, y de muchas y variadas formas. Recordémoslo.

Eclesiásticamente se aducía la bula de Alejandro VI, promulgada poco después de 1492, en la que se delimitaban las zonas de dominio de españoles y portugueses. *Teológicamente* se afirmaba que Dios había concedido a los españoles aquellas tierras o porque ésa había sido su providencia o como premio por sus luchas contra los infieles durante la reconquista. Desde la *filosofía política* se afirmaba que en aquellas tierras no había dueños legítimos, y por ellos los europeos legítimamente las podían conquistar. *Antropológicamente* se asentaba la inferioridad humana de los indios, llegando hasta a negárseles alma y humanidad. *Éticamente* se aducían las malas y perversas costumbres de los indios, lo cual no sólo permitía sino que exigía que se les sometiera para ser liberados de ellas...

No podemos ahora analizar una por una las argumentaciones, pero sí es importante recalcar la conclusión a la que se llegó operativamente: se dio un cúmulo de argumentaciones de todo tipo, desde diversos puntos de vista, para defender lo que ya se tenía en posesión. Es éste un caso claro de un uso de la inteligencia guiado de antemano por un interés espúreo. Y lo peor es que se argumentaba por principio, sin que el análisis y valoración de los hechos reales de los "legítimos" dueños hiciesen tambalear eficazmente la teoría. Es decir, el presupuesto de cualquier argumentación era la decisión ya tomada de que los europeos iban a seguir en aquellas tierras y de que allí se iban a enriquecer.

En ocasiones, las justificaciones llegaron a extremos inconcebibles, como una que aparece en el documento llamado *Parecer de Yucay*⁶, de 1571, de García de Toledo, escrito en el Perú para contrarrestar las opiniones de Las Casas. Veámosla por lo aberrante de la teología subyacente.

Así digo de estos indios que uno de los medios de su predestinación y salvación fueron estas minas, tesoros y riquezas, porque vemos claramente que donde las hay va el Evangelio volando y en competencia, y a donde no las hay, sino pobres, es medio de reprobación, porque jamás llega allí el evangelio, como por gran experiencia se ve, que la tierra donde no hay esta dote de oro y plata, ni hay soldado ni capitán que quiera ir, ni aun ministro del Evangelio... Luego, buenas son las minas entre estos bárbaros, pues Dios se

las dio para que les llevaran la fe y cristiandad, y conservación en ella, para su salvación¹⁷.

Y para explicarlo ofrece la parábola de dos hermanas, una bonita y otra fea. La primera no necesita dote para llegar al matrimonio, pues le basta su hermosura, pero la segunda sí. De esta misma forma opera Dios con la evangelización de los pueblos. Algunos —menciona Europa y Asia— son bien dotados, “gran hermosura, muchas ciencias, discreción”, y allá corren los evangelizadores. Pero otros —el caso de América Latina— son “feos, rústicos, tontos, inhábiles, legañosos” y necesitan un atractivo para que también a ellos llegue la evangelización: el oro de las minas. Notable caso de eurocentrismo, que es además lo contrario, exactamente, de la opción por los pobres.

b) En la actualidad se han dado avances teóricos en el derecho internacional sobre las relaciones entre países, y con ello se consiguen solventar algunos conflictos. Pero es un hecho que prosigue la explotación del tercer mundo por parte del primer mundo, y lo peor es que no parece necesitar ya de ninguna justificación. Ciertamente es que se esgrimieron varias en la guerra de Irak, pero todo el mundo sabía que eran justificaciones *pro forma*, pues la decisión estaba tomada.

Por lo que toca a las justificaciones teológicas del expolio del tercer mundo, es comprensible que no sean ya esgrimidas en un mundo secularizado. Además, las iglesias asumen hoy en general una postura oficial, al menos aparente, de defensa del tercer mundo y de condena de su explotación por parte del primero. Decimos “aparente”, sin embargo, porque tampoco está del todo claro que las iglesias del primer mundo defiendan al tercer mundo con última convicción. Y, por supuesto, eso no lo hacen los gobiernos, las fuerzas armadas, las multinacionales... Y aunque éstos no busquen explícitamente justificaciones teológicas, sí buscan el apoyo de sectas y movimientos cristianos alentados, y, sobre todo, reaccionan airadamente contra aquellas teologías que defienden a los pobres de este mundo. Recordemos, si no, la reacción del primer mundo —gobiernos, oligarquías, fuerzas armadas, pero también iglesias y teologías— a la teología de la liberación.

Desde un punto de vista teórico pueden discutirse sus méritos y deméritos, pero de lo que no cabe duda es de que esta teología —y sólo ella— ha puesto el dedo en la llaga de la realidad del tercer mundo y ha salido explícitamente en defensa de los pobres. Pues bien, esta teología fue perseguida en el informe del vicepresidente Rockefeller y en los documentos de los asesores del presidente Reagan, y ha sido atacada por la CIA y los ejércitos latinoamericanos. En la práctica, ha sido también acosada por el Vaticano, por el CELAM y por muchos obispos. Y junto al ataque a esta teología, los ataques a comunidades de base, a Medellín, Puebla, a toda una generación de obispos (Don Helder Cámara, Monseñor Proaño, Angelelli, Romero, Casaldáliga...).

No es que se repita la argumentación del *Parecer de Yucay* para justificar la explotación, por supuesto, pero no hay que ignorar una importante similitud: el ataque frontal a quienes defienden al indio, al pobre. De la teología de la liberación (y a veces de las comunidades de base, de Medellín y de obispos como Monseñor Romero) se dice hoy exactamente lo mismo que entonces se decía de Bartolomé de las Casas: que es la raíz de todos los males¹⁰.

1.3. Lo humano ignorado y despreciado

a) Las palabras antes citadas de Antonio Montesinos prosiguen de la siguiente manera: "Estos, ¿no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?"

No se denuncia ya aquí la explotación ni una justificación concreta, como las anteriores, del expolio, pero sí se da el presupuesto más hondo y enraizado para la explotación más despiadada: el ignorar o el poner en duda el ser humano de los indios. Y esto —en forma mucho más sofisticada— puede seguir ocurriendo en la actualidad.

b) Para empezar, existe un notable *desconocimiento* en Europa de la realidad del tercer mundo. El europeo medio no parece saber ni cuántos seres humanos viven en el sur, ni cuántos mueren anualmente de hambre, ni cuántos ciegos hay en la India por falta de vitamina A. Se tienen algunas noticias, pero no se conoce la realidad del tercer mundo. Si por causa de algún hipotético cataclismo desapareciese el continente latinoamericano, o el africano o el asiático no sabemos si y qué echaría de menos el europeo medio.

Pero peor que el desconocimiento es el *desinterés*. En Europa se da ciertamente la posibilidad de que el tercer mundo sea conocido, pues existen miles de colegios y centenares de universidades, cientos de diócesis y miles de parroquias, centenares de editoriales, revistas, periódicos, emisoras de radio y de televisión... Y sin embargo "el interés que mueve el conocimiento" no es el de conocer la realidad del tercer mundo. Y eso ocurre muy probablemente, consciente o inconscientemente, para no confrontarnos con lo que hemos producido.

En el norte del planeta se vive una indiferencia, un postmodernismo eficaz, que, en las palabras de J. B. Metz, "aparta a una lejanía sin rostro al llamado tercer mundo". Se está dando "una especie de estrategia cultural de inmunización de Europa..., un culto a la nueva inocencia..., un intento por apartarse con el pensamiento de los retos globales de la humanidad..., una nueva variante de provincialismo táctico"¹¹. En cualquier caso, el europeo medio no está interesado en preguntarse por su propia responsabilidad en la situación del tercer mundo, no está interesado en ponerse a tiro de la pregunta "qué has hecho de tu hermano".

Y junto al desconocimiento y el desinterés, existe el eurocentrismo, la *prepotencia* —y aun el desprecio—, no necesariamente como realidades subjetivas explícitas, sino como un *a priori* siempre presente: la realidad de los pueblos del tercer mundo se mide de antemano según se acerque o no a la del primer mundo. Lo real, al menos *el analogatum princeps* de lo real, es Europa, y los "otros" seres humanos serán reales en la medida en que participen de ella.

Incluso cuando hoy se discute sobre lo que ocurrió hace cinco siglos, lo real versa sobre el comportamiento de los europeos, es decir, sobre la realidad europea. La realidad de lo que entonces ocurrió a los "otros" pasa a segundo término. Las víctimas —millones de seres humanos en el tercer mundo— dejan de tener importancia primaria en relación al problema fundamental, que es el problema europeo: si fueron los españoles o los ingleses o los holandeses u otros los que se comportaron mejor o peor en los países conquistados.

Por cierto, un autor latinoamericano piensa que todos los conquistadores actuaron prácticamente de la misma forma. La única diferencia consistiría en que España produjo profetas, lo cual introdujo algunos escrúpulos en el proceso de conquista, mientras que los otros países no²⁰. Pero tampoco ese hecho debiera llevar a entonar una especie de *felix culpa*, como si mala hubiese sido la desgracia de los indios, pero buena la consecuencia de haber ocasionado el surgimiento de un Las Casas o un Francisco de Vitoria. Que esto sea de agradecer es evidente, pero si llevase a gloriarse de los logros hispanos, ignorando la inmensa desgracia de los indios, sería otra muestra más, aunque sutil, de eurocentrismo.

¿Están mejor las cosas en el presente? Eduardo Galeano acaba de escribir unas páginas sobre *El desprecio como destino*²¹. Su tesis fundamental es que América Latina es como si ya no existiera, que lo normal es desconocerla simplemente y como por principio. No tiene el mismo tipo de entidad real que Europa, que sí es algo real, malo o bueno, pero real, el *analogatum princeps* de lo real, desde lo cual se medirá si otros seres humanos participan y en qué medida en la realidad de lo humano.

Esto es lo que está en juego en el simbólico año de 1992 como lo estaba en 1492: si el norte del planeta admite la realidad del sur y está interesado en la construcción de la familia humana o si su único interés es su propio bienestar, con la consecuente declaración de irrealidad del sur y el desinterés por la familia humana, bien que todo ello se teorice o, más eficazmente, se viva en la cotidianeidad del bien vivir de unos pocos en el norte a costa del mal vivir de los muchos en el sur.

2. Una palabra de gracia: es posible vivir con sentido

Esta Europa, a la que Kant hizo despertar del sueño dogmático, no acaba de despertar del sueño de inhumanidad en la que está sumida. No acaba de conocer

y responsabilizarse de la negación del mínimo de vida justa y digna en el tercer mundo. Sin embargo, ese despertar es posible si, paradójicamente, vuelve su mirada hacia el tercer mundo. Allí encontrará la reserva de luz, de esperanza y de amor que la humanicen. Por eso hablamos de gracia estructural, porque ahí está para todo el que quiera dejarse dar luz, esperanza y amor.

En efecto, no es una verdad de la razón, pero sí es esencial a la fe cristiana afirmar que en el siervo doliente de Yahvé hay luz y salvación, y que en Cristo crucificado hay sabiduría de Dios. Y eso sigue siendo verdad en América Latina. I. Ellacuría lo reflexionó teóricamente en un artículo que escribió con ocasión de Puebla titulado "El pueblo crucificado", al que añadió el significativo subtítulo: "Ensayo de soteriología histórica"²². En la práctica, lo confirman multitud de personas que llegan del primer mundo y descubren en el tercer mundo lo que nunca habían visto. Quisiera ahora ofrecer —desde mi experiencia concreta en El Salvador— en qué consiste esa gracia para el primer mundo.

2.1. La luz de la verdad

La mera existencia del tercer mundo es lo que puede no sólo hacer superar la ignorancia en el primero, sino desenmascarar la mentira, y no es éste pequeño beneficio. San Pablo nos avisa solemnemente de que ése es el pecado fundante que vicia la realidad humana y la realidad de las naciones: "el aprisionar la verdad con la injusticia". Una luz que por su potencia tenga la fuerza de iluminar las tinieblas y desenmascarar la mentira es, por ello, muy beneficiosa y muy necesaria. El tercer mundo es la luz que hace que el primer mundo se conozca como es.

Esa luz desenmascara también que las soluciones que ofrece el primer mundo no son soluciones verdaderas. No lo han sido en el pasado y no lo pueden ser en el presente, simplemente porque no son universalizables, y, como decía Kant, lo que no es universalizable no puede ser éticamente bueno. Es simplemente imposible —pues no hay recursos para ello— que el tercer mundo llegue a vivir cercanamente a como vive el primero. Y sea o no posible, la historia muestra que la solución ofrecida por el primer mundo es deshumanizante para todos los mundos.

Por último, esa luz ilumina la utopía, realidad relegada en Europa al pasado por pensarla imposible. La utopía, sin embargo, sigue siendo necesaria, al menos la utopía por la que clama el tercer mundo: la vida justa y digna de los pobres, lo cual, en palabras de Ignacio Ellacuría, supone una "civilización de la pobreza", o al menos de la austeridad compartida, y la supremacía del trabajo sobre el capital.

2.2. La fuerza de conversión

No sólo desde un punto de vista cristiano, sino simplemente humano, cambiar el corazón de piedra en corazón de carne, la conversión, es problema fundamental del primer mundo. Y eso es lo que le posibilita el tercero. Ante todo éste expresa en su propia carne la existencia de un inmenso pecado, aquello que da muerte lenta o violenta a seres humanos inocentes. Y por expresarlo de manera inocultable, tiene la fuerza de conversión. O, dicho de otra forma, si continentes enteros crucificados no tienen la fuerza para cambiar el corazón de piedra en corazón de carne, puede preguntarse qué lo hará. Y si nada lo hace, puede preguntarse qué futuro le espera a un primer mundo construido —consciente o inconscientemente— sobre cadáveres de la familia humana. No puede existir sentido de la vida si se vive de esta manera.

Y, cosa que el primer mundo suele olvidar con frecuencia, el tercer mundo está abierto al perdón de sus opresores. No quiere triunfar sobre ellos, sino compartir con ellos y abrirles futuro. A quienes se acercan a ellos, los pobres del tercer mundo les abren su corazón y sus brazos, y —sin saberlo— les otorgan perdón. Al permitir que se les acerquen hacen posible que el mundo opresor se reconozca como pecador, pero también como perdonado. Y de esta forma, además, introducen en el mundo opresor una realidad humanizante, pero ausente: la gracia, pues el perdón no es logro del verdugo, sino don de la víctima.

2.3. Valores humanizantes

El tercer mundo ofrece valores que difícilmente se encuentran en otras partes y que con frecuencia son los contrarios a los antivalores del primer mundo. En otras palabras, el tercer mundo tiene un potencial humanizador porque al menos en principio y muchas veces en la práctica ofrece los siguientes valores: comunidad contra el individualismo, sencillez contra la opulencia, servicialidad contra el egoísmo, creatividad contra el mimetismo impuesto, celebración contra la mera diversión, apertura a la transcendencia contra el romo pragmatismo.

Y desde un punto de vista cristiano, posee un potencial evangelizador, como audazmente lo afirmó Puebla: por lo que padecen, por lo que son y por lo que hacen, los pobres se convierten en buena noticia para nosotros. Son los "pobres con espíritu", tal como lo formuló Ignacio Ellacuría.

2.4. Entrega, amor y martirio

El tercer mundo ofrece un gran compromiso, una gran entrega y un gran amor. No es que sea masoquista, ni suicida, ni que sólo le quede hacer de la necesidad virtud. Es que, ante el herido en el camino, a muchos se les han removido las entrañas y se han movido a misericordia. El cúmulo de amor y de martirio en América Latina en estos últimos años es realmente impresionante. Y

por ello, el amor es posible en este mundo porque es real. Y en un primer mundo estructuralmente egoísta, basado ciertamente en el egocentrismo, y que incluso hace gala de ello, ese amor es una gran oferta de humanización.

2.5. La esperanza que no muere

Incomprensiblemente para unos, o porque no les queda otra alternativa para otros, el hecho es que el tercer mundo tiene esperanza y ofrece esperanza. Es una esperanza nada ingenua, "contra esperanza" como diría Pablo, pero ahí está. Es una esperanza que se ha expresado en trabajos y luchas por la liberación, aunque el primer mundo trate siempre de sofocarlo y aparentemente lo logre, lo cual, por cierto, no debiera interpretarlo como triunfo sino como fracaso.

Pero ahí está el hecho. Por el tercer mundo pasa esa corriente esperanzada de la humanidad, que una y otra vez intenta que la vida sea posible. Precisamente porque los pobres no dan la vida por supuesto, son ellos los que esperan siempre ese "mínimo que es el máximo don de Dios", como decía Monseñor Romero, "la vida". Así expresaba esta esperanza Ignacio Ellacuría, nada dado a afirmaciones románticas:

Toda esta sangre martirial derramada en El Salvador y en toda América Latina, lejos de mover al desánimo y a la desesperanza, infunde nuevo espíritu de lucha y nueva esperanza en nuestro pueblo. En este sentido, si no somos un "nuevo mundo" ni un "nuevo continente", sí somos, claramente, y de una manera verificable —y no precisamente por la gente de fuera— un continente de esperanza, lo cual es un síntoma sumamente interesante de una futura novedad frente a otros continentes que no tienen esperanza y que lo único que tienen es miedo²³.

* * *

Todo lo dicho hasta ahora en este apartado sobre la gracia hay que entenderlo bien. Indudablemente, no todo el tercer mundo es así; de hecho, sólo son minorías las que ofrecen activamente los valores descritos, aunque siguen siendo mayorías las que sufren pasivamente y nos ofrecen, así, la gracia de la verdad y de la conversión.

Pero esos valores y esa gracia están presentes en el tercer mundo y lo están de forma estructural. Por decirlo en palabras sencillas, es "más fácil" ser humano y cristiano en el tercer mundo porque en él uno se siente llevado por la corriente de verdad, de compromiso, de utopía y de esperanza de las que está transida la historia. Es más fácil ser profeta, ser buen samaritano, ser mártir ante tal nube de profetas, samaritanos y mártires. En las palabras de la Carta a los Hebreos, es más fácil ser testigo de la fe en medio de la gran nube de testigos.

Cuánto hay de esto es cosa que hay que verificar. Pero nosotros y muchos de los que nos visitan de fuera afirman que esa gracia es lo que han encontrado. El P. José Ellacuría, jesuita, hermano de Ignacio, nos dijo en el primer aniversario del martirio de los mártires de la UCA que lo que había aprendido en El Salvador es que "se puede vivir de otra manera". Y eso lo decía alguien que ha vivido durante más de veinte años en Taiwan, país que, por cierto, nos quieren poner como ejemplo: la posibilidad de vida material, pero sin espíritu.

Para terminar quisiera decir que la solución para este nuestro mundo es la solidaridad. Todos necesitamos de todos y todos podemos ayudar a todos. La historia de las relaciones entre el norte y el sur es una triste historia, pero puede cambiar y, en cualquier caso, debe cambiar. El norte puede y debe ayudarnos a que el mínimo de la vida justa y digna sea posible. El sur puede convertirse en la reserva del espíritu para el norte. Lo importante es recuperar o comenzar a tener la idea y el ideal de la familia humana.

Cuando un periodista le preguntó a Monseñor Romero, poco antes de su asesinato, qué debieran hacer otros países para ayudar a El Salvador, Monseñor enumeró varias cosas, pero al final enunció el presupuesto de todo ello: "que no se olviden que somos hombres, seres humanos".

Este sigue siendo el problema y el reto fundamental. Dicho en lenguaje sencillo, el asunto está en empezar a comprendernos como familia humana. Dicho en lenguaje cristiano, el asunto está en que podamos rezar con verdad el "Padre nuestro". Ojalá que 1992 no nos distancie más, sino que nos reúna como familia humana al norte y al sur.

Notas

1. I. Ellacuría, "Quinto centenario de América Latina. ¿Descubrimiento o encubrimiento?", *Revista Latinoamericana de Teología* 21 (1990) 272s.
2. Luis de Sebastián, "La situación del mundo: datos e interpretaciones" *ECA* 513-514 (1991) 725.
3. *Ibid.*
4. X. Gorostiaga, "Ya comenzó el siglo XXI: el Norte contra el Sur", *Envío* 116 (1991) 35.
5. Franz J. Hinkelammert, *La crisis del socialismo y el tercer mundo* (San José 1991) p. 8.
6. *Ibid.*
7. La información está tomada de un cable de *IPS* del 5 de febrero de este año. Según el cable, la propuesta fue hecha por el economista del Banco Mundial, Lawrence Summer. "La lógica económica de depositar residuos tóxicos en una nación de bajos ingresos es indiscutible". Para mostrarlo indicó que la demanda de un ambiente limpio se concentra principalmente en países donde la esperanza de vida es más bien alta, lo cual aclaró con el siguiente ejemplo: "La preocupación que la contaminación pueda aumentar el riesgo de cáncer a la próstata es mayor en países donde la población vive bastante para que pueda ser afectada... (La preocupación) es naturalmente

menos sentida en naciones donde la mortalidad de los niños de menos de cinco años alcanza el 200 por mil".

8. Franz J. Hinkelammert, *op. cit.*, p. 6.
9. Así lo afirman estas palabras de Monseñor Rivera, llenas de aparente ingenuidad, pero de profunda verdad. "Con la caída del socialismo real, la Iglesia —iluminada por su sólida doctrina social— será la única que seguirá luchando por la justicia y por el bien integral de los más pobres de los pobres", Carta de Monseñor Rivera Damas, arzobispo de San Salvador, tomada de *Carta a las Iglesias* 236 (1991) 8.
10. *Op. cit.*, pp. 4, 8.
11. *Op. cit.*, pp. 34, 36.
12. *Op. cit.*, p. 729.
13. La inversión en la Exposición Internacional de Sevilla y en la infraestructura realizada con ocasión de ella puede alcanzar una suma veinte veces mayor que el presupuesto anual de El Salvador. En la olimpiada de Barcelona se batirán récords de tiempo y distancia, mientras que en el tercer mundo se seguirán batiendo récords de hambre...
14. *Op. cit.*, p. 278.
15. *Obras escogidas II* (Madrid 1957-1958) 51 1b.
16. Recogido en Josiene Chinese, *Historia y Cultura* (Lima 1970), 97-152.
17. *Ibid.* p.,142.
18. "La causa de este engaño... era un fraile de Santo Domingo que se llamó fray Bartolomé de Las Casas... Sus cualidades eran ser muy buen religioso, mas en cosas de Indias muy apasionado, y en lo más substancial de ellas, muy engañado", *op. cit.*, p. 106.
19. "Con los ojos de un teólogo europeo", *Concilium* 232 (1990) 491.
20. "En comparación con las depredaciones de Holanda, Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica y Estados Unidos (para hablar de algunas ilustres naciones occidentales), si hay algo que distinga a la conquista española no es la proporción de los crímenes (punto en el que ninguna de esas naciones tiene en qué envidiar a las otras), sino la proporción de los escrúpulos. Las conquistas realizadas por esos otros países no carecieron de asesinatos ni de destrucciones, pero carecieron de hombres como Las Casas, o de polémicas internas como la que levantaron los dominicos españoles sobre la legitimidad de la conquista, y que sacudieron al imperio hispano", R. Fernández Retamar, en el prólogo a la edición francesa de Las Casas, tomado de J. I. González Faus, "Carta a Juan Carlos I sobre 1992", *Carta a las Iglesias* 253 (1992).
21. *Carta a las iglesias* 252 (1992) 11-12.
22. Después de su muerte fue reproducido en *Revista Latinoamericana de Teología* 18 (1989) 305-333.
23. "Quinto Centenario...", pp. 281-282.